

proezas de los caballeros é hizo de ellos una casta aparte, más que humana por su fuerza y por sus virtudes; pero había comenzado mucho antes de los Capetos y que los mismos Carlovingios: Fustel de Coulanges demuestra claramente que ya se hallaba en germen en el mundo romano, viéndosela continuar á través de los tiempos con lentas modificaciones.

Por una evolución análoga, el gran territorio rural de los Galo-Romanos, la villa, llegó á ser la tierra poseída en toda propiedad, sin censo ni obligación, el alodio, cuando los jefes bárbaros entraron con sus bandas en el mundo civilizado. Cuando el rey merovingio distribuía tierras á sus fieles antrustiones, establecía con ellos relaciones que habían de tomar gradualmente la forma de dominio eminente respecto de los vasallos detentadores de feudos, y producir relaciones análogas entre los señores y sus hombres ligios; las personas y las tierras estaban divididas, desde lo alto á lo bajo en la sociedad, por escalones sucesivos, unidos jerárquicamente por los lazos del homenaje y del feudo.

Debajo de los que llevaban espada, los campesinos, que removían la tierra para depositar en ella los granos y hacerla producir el alimento de todos, eran hombres sin derechos, condenados á la gleba. Se ha supuesto que la transformación de la esclavitud en servidumbre era debida á la influencia cristiana por una parte, y por otra á la de los Germanos: admitiendo esa suposición, habría habido coincidencia entre las dos acciones, religiosa y étnica, para que resultara un gran cambio social entre los patrones y los servidores; pero esta afirmación no concuerda con los hechos. La servidumbre tuvo sus orígenes lo mismo en el mundo romano que en el de los bárbaros. El temor de que la tierra fuese completamente abandonada por los agricultores aterrorizados por las invasiones indujo á los grandes propietarios del imperio á unir de una manera absoluta el hombre á la tierra, de modo que cada propietario que adquiría una parte del suelo pudiese en toda seguridad comprarla sin temor de que los trabajadores huyeran hacia la capital. Bajo el régimen feudal, como bajo el régimen romano, la servidumbre no dejó de ser servidumbre, y los «siervos de la gleba» continuaron siendo los instrumentos del propietario; poco

importaba que fuesen poseídos por éste ó por aquél: como simples cosas, no podían elevarse á la dignidad de hombres. Lejos de atenuar la esclavitud en un estado de domesticidad menos envilecido, la sociedad cristiana, por el contrario, la había agravado despo-
blando las ciudades y llevando los siervos de la ciudad hacia el campo. En efecto, la esclavitud romana se había gradualmente transformado en Roma

y las otras metrópolis del Imperio en una especie de proletariado, análogo al del obrero moderno. La costumbre le reconocía el derecho de adquirir un «peculio» al que no podía tocar el amo y que le servía eventualmente para rescatar su persona; prácticamente, cualquiera que fuese el tenor de las antiguas leyes, hacía reconocer



De una fotografía.

DINANT, CIUDAD DOMINADA POR SU CASTILLO

su matrimonio y su tratamiento y entraba en las corporaciones obreras. Hasta podía enriquecerse y llegar á cierta importancia social, mientras que el siervo de la Edad Media estaba condenado para siempre por la costumbre y por la ley á permanecer en la clase hereditaria de los sometidos á servidumbre. El supuesto progreso, de la esclavitud á la servidumbre, de Roma al feudalismo germánico, fué un verdadero retroceso ¹.

Al lado de los siervos domésticos, descendientes de los esclavos romanos ó germánicos, se había constituido la clase de los dependientes, de los «villanos», en una palabra, que no eran libres, aunque teóricamente no fuesen esclavos. La palabra *liber* y la palabra *nobilis* son sinónimas en las cartas belgas del siglo XI ²; mas para todos

¹ Eduard Meyer, *Die Sklaverei im Alterthum*, ps. 48, 49.

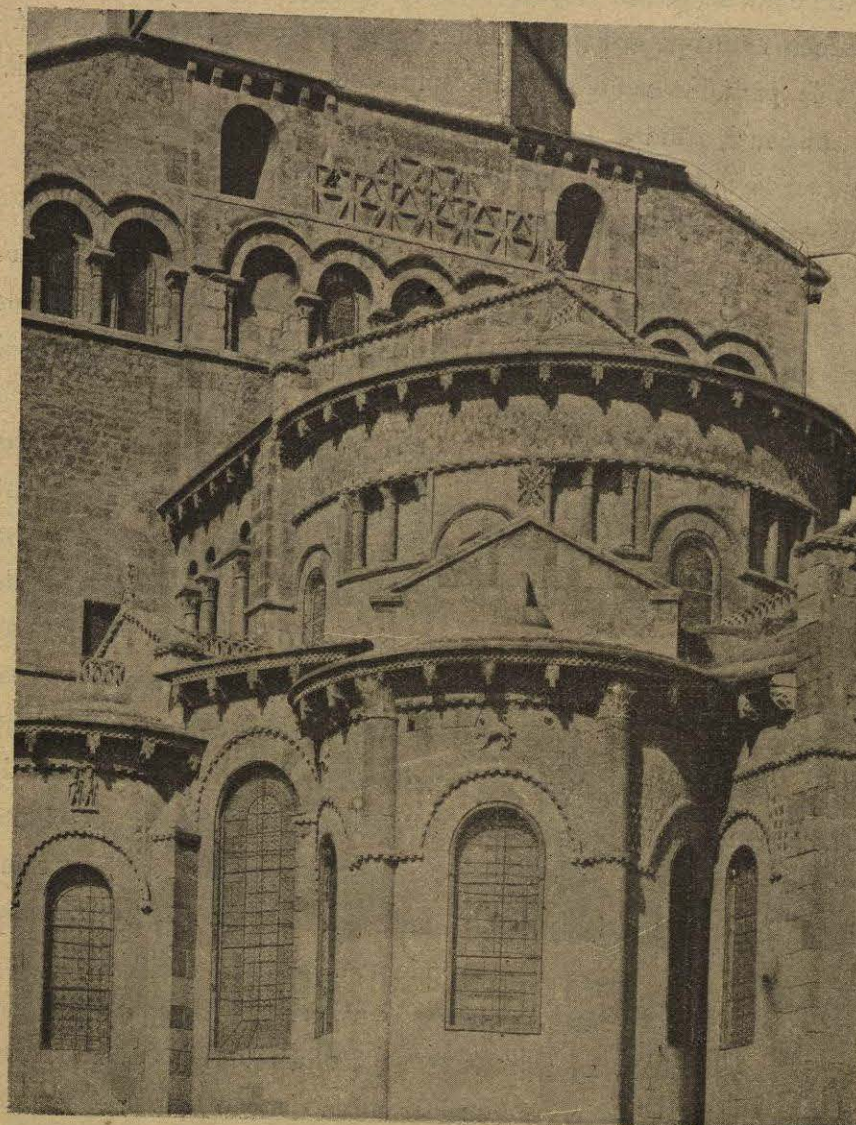
² H. Pirenne, *Histoire de Belgique*, t. I, p. 124.

aquellos que siendo «libres» ó «nobles» no tuviesen fuerza material necesaria para defender su libertad, el único medio de no ser violentado como un siervo, brutalizado y entregado á todos los caprichos, consistía en darse: los desgraciados se escogían un amo. Los pequeños propietarios dejaban de serlo poniéndose en su mayor parte bajo el patronato de los conventos; según el lenguaje de los señores mitrados que confiscaban el pequeño haber de los campesinos, éstos cambiaban «su libertad contra una servidumbre más libre que la libertad misma»¹. Del mismo modo, después, un rey nuevamente elevado al trono anunciaba su reino futuro como «la mejor de las repúblicas».

Tal fué la causa principal de la transmisión de las tierras, antes comunes á los campesinos ó bien fraccionadas entre pequeños propietarios, á poder de los grandes señores feudales. La inestabilidad social, la falta de confianza en el porvenir próximo transformaron fatalmente la pequeña propiedad personal y la propiedad comunal en propiedad feudal. Pero si los labradores daban su campo y se daban ellos mismos, procuraban conservar su calidad de protegidos y de clientes y estipulaban como mejor podían que podrían conservar sus parcelas á título de arrendamiento á largo plazo. La dura necesidad les impulsaba á negociar así la cesión de sus personas y de sus tierras, con la casi certidumbre de que si sus amos llegaran á ser poderosos, tendrían por nulos convenios y contratos, disponiendo á su antojo de los hombres y de las cosas. Con frecuencia los propietarios libres ó comunitarios se veían privados de su derecho personal y de sus posesiones sin haber tenido siquiera la ocasión de defender sus intereses: ó un conquistador, un jefe de guerra les despojaba de ellos sencillamente, ó un soberano cualquiera, en un momento de buen humor, había hecho donación de sus personas y de sus pertenencias á algún señor que gozase de favor en la corte. Tal fué la causa por que los habitantes de Bellagio, sobre el lago de Como, protestaron con todas sus fuerzas contra Federico Barbarroja, que había dado su distrito, hombres y cosas; á la abadía milanese de San Ambrogio. «El emperador, ex-

¹ H. Pirenne, *obra citada*, p. 127.

ponen en su querrela, no puede dar á otro lo que no le pertenece». Las protestas de ese género debieron ser frecuentes, pero



Cl. Kuhn, edit.

IGLESIA DE SAN PABLO EN ISSOIRE (PUY-DE-DOME),
Estilo románico-auvergnat, siglos XI y XII.

como molestos testimonios que los señores tenían gran interés en destruir, ¡cuán pocos han sido conservados en las casas señoriales! ¹.

El régimen feudal produjo como consecuencia inmediata la ruptura de la natural alianza de la ciudad y del campo circundante.

¹ Maxime Kovalevsky, *Société Nouvelle*, Agosto 1896, p. 152.

En una sociedad pacífica y normal se mantenía una armonía perfecta entre los labradores y horticultores de unos suburbios y el mercado central donde se hallan establecidos los industriales, porque la tierra forma con el grupo urbano, nacido espontáneamente en el sitio más favorable para los cambios entre campesinos, un organismo necesario y de constante utilidad mutua¹. Así sucedió antiguamente en Grecia y sucede todavía en todas las regiones donde no se han roto violentamente las relaciones naturales entre la ciudad y sus contornos cultivados. Pero la temible intervención de los señores logró romper en muchos sitios esa unión práctica entre los dos elementos necesarios de la antigua organización urbana, haciendo el campo el envidioso y casi irreconciliable enemigo de las ciudades. Por lo común los siervos del barón se veían obligados, á la vez por las necesidades de su servicio y por el temor á los bandidos, á sumergirse en sus madrigueras al pie de un castillo que se elevaba sobre alguna empinada roca. El labrador, supeditado al hombre de guerra, «sujeto á la gleba», como lo hacía constar por una palabra terrible el lenguaje de los juristas, era lanzado frecuentemente, de grado ó por fuerza, contra las ciudades: como siervo del trabajo ó como siervo de las armas, se hacía enemigo de la ciudad, donde vivían industriales ó mercaderes obligados á establecer relaciones con clientes lejanos, puesto que estaban enemistados con los campesinos, sus vecinos inmediatos, que, por otra parte, eran demasiado pobres para comprar sus productos.

En esa Francia, recortada en mil trozos por el feudalismo, las villas se enemistaban, no solamente con las ciudades inmediatas, sino también con las otras ciudades: del mismo modo que los barones se disputaban por los confines de sus tierras, así también los santos patronos se querellaban y se maldecían recíprocamente á propósito de sus parroquias. De villa á villa y de aldea á aldea surgían odios feroces y se hacían hereditarios. Y no era solamente la vanagloria local lo que causaba las rivalidades seculares que nos describen los novelistas², sino también por la irritación constantemente excitada por las bromas, las bravatas y las invectivas que

¹ J. R. Green, *Town Life in the fifteenth Century*.
² Léon Cladel, *La Fête votive de Saint-Barthélemy Porte-Glaive*; Emile Souvestre.

cambiaban, como los héroes de Homero, los intrépidos campeones de las dos comunidades limítrofes; pero las burlas y las malas palabras no hubieran bastado para alimentar de siglo en siglo el espíritu de venganza, si los señores temporales y espirituales no



Cl. Kuhn, edit.

CATEDRAL DE MAGUNCIA
 Construída desde el siglo x al xiii.

hubiesen tenido interés en conservar y excitar las enemistades, para desviar sobre la multitud esclavizada el movimiento de reivindicación que justamente hubiera debido lanzarse de todas partes contra ellos. Cuando los palurdos se mataban al choque de dos procesiones que llevaban banderas diferentes, los señores que contemplaban la escena desde sus torrecillas y sus almenas nada tenían que temer

de ese pueblo humillado: podían continuar quitándole su trigo, su vino y su ganado, sus adolescentes, sus mujeres y sus hijas; todo les pertenecía por el derecho de la fuerza; hasta el halcón del noble tenía presa sobre las aves caseras del villano ¹.

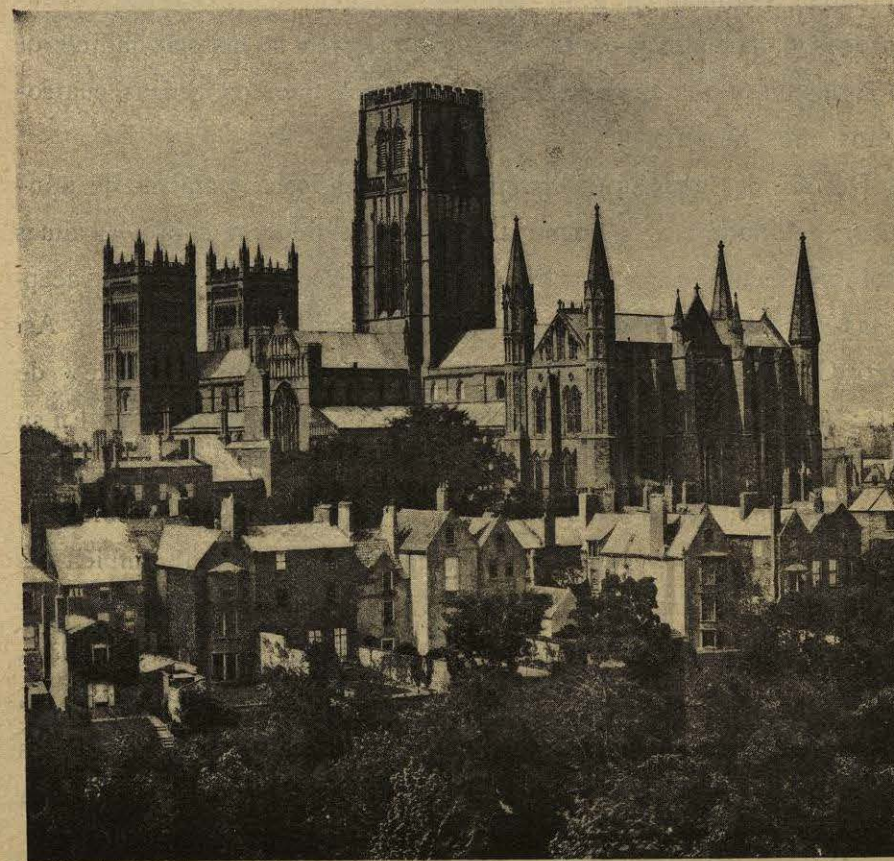
No hay duda que los campesinos sentían profundamente todas esas heridas, porque la reivindicación del pobre contra el rico, del esclavo contra el amo es eterna, pero se pasan siglos antes que la compensación se cumpla. Algunas estrofas cantadas por los trovadores nos dan idea, sin embargo, de cuán claro era para los campesinos del siglo XII el sentimiento de las injusticias sufridas; no se hablaba de otro modo en la víspera de las Jacquerías y de la Guerra de los Campesinos ó en el período moderno de las huelgas y del socialismo revolucionario. «Los señores no nos hacen más que daño; de ellos no podemos esperar ni razón ni justicia; son dueños de todo, y nos hacen vivir en pobreza y en dolor... ¿Por qué nos dejamos tratar así? Pongámonos fuera de su poder; somos hombres como ellos... y somos además ciento contra uno... Unámonos, y no habrá hombre alguno que tenga señorío sobre nosotros, y podremos cortar árboles, cazar en los bosques y pescar en los viveros, haciendo nuestra voluntad en los bosques, en los prados y en las aguas» ².

Sin embargo, aunque los señores, por su orgullo y por la fuerza de las cosas, pertenecían á otra humanidad que la turba esclavizada de los labradores, no por eso habían dejado de contraer la obligación tácita de defenderlos contra todo invasor: para poner á salvo sus tierras, debían también proteger los arados y los brazos que los conducían. Señores y vasallos forzosamente se habían convertido en guerreros, los jefes natos de toda la servidumbre que arrastraban tras de sí. No salían de sus castillos sino á caballo, precediendo orgullosamente á una multitud de peatones. Montar un caballo era un privilegio simbólico, que, según la opinión de todos, indicaba una superioridad física y moral sobre la totalidad de las gentes que van á pie. De ese modo se constituyó gradualmente

¹ W. Denton, *England in the fifteenth Century*, p. 43.

² Wace; Benoit de Sainte-Maure; Augustin Thierry, *Considérations sur l'Histoire de France*, cap. I.

una clase bien distinta, que en el conjunto de la sociedad medieval tenía sus intereses especiales, su moral particular y hasta su ideal. Habiéndose ocupado, sobre todo desde los Carlovingios, en defender los confines de la cristiandad, por una parte contra los Sarracenos, y por otra contra los Avars y los Húngaros, los ca-



Cl. Valentín.

CATEDRAL DE DURHAM, CONSTRUÍDA DE 1093 Á 1135

Tipo de arquitectura llamado *Norman* por los Ingleses y correspondiente á nuestro románico.

balleros constituyeron pronto un cuerpo instituido para la defensa de la civilización occidental, y con ayuda del amor á la gloria, quisieron pasar de la defensa al ataque, llevar la guerra en pleno á las comarcas enemigas y trazarse reinos en el país de los infieles. No escaseaban las bandas de miserables para hacer de ellas ejércitos: los mendigos de los caminos, los desgraciados de toda especie, bien organizados y sujetos á la disciplina por los siervos inmediatos de los señores, empleados como sargentos y capitanes, formaban el